

ran distinguir entre sí los diversos juegos de piezas que se sometían a la operación del temple jaspeado, que generalmente pertenecían a fabricantes distintos, este armero «químico-templista» tenía su código secreto para diferenciarlos, porque mediante una pequeña incisión, cuya clave sólo él conocía, realizaba la distribución de las series en sus correspondientes cajas sin incurrir en error.

Al parecer, esta fue la fórmula que se empleó para adornar las básculas de las escopetas con combinaciones de tonalidades claro-oscuras en su superficie previamente pulida y grabada a buril. Aunque se le llamó «temple jaspeado» al resultado de estas operaciones de aspecto rústico pero llenas de ingenio, habrá de tenerse en cuenta que tal temple no es de igual naturaleza que el que se aplica a las herramientas de acero para darles dureza en su «zona de trabajo», a pesar de que el sometimiento a los efectos del fuego y del agua sea casi análogo, porque en este caso, mediante el complemento del granulado de huesos, se perseguía singularmente el efecto decorativo.

Otro detalle anecdótico de los armeros fabricantes, dueños de pequeños talleres artesanos, es el de la costumbre que practicaban para numerar cada conjunto de cañón, báscula y piezas. Muy original, desde luego. No comenzaban con el 1, como parece lo más natural, sino desde dos escalas más bajas. ¿Cómo puede ser eso?, pues sencillamente: sin marca alguna un primer juego; marcado con el 0 el segundo; con el 1 el tercero, y así sucesivamente. Es decir, que para cuando marcaban la cifra 10 ya habían señalado una docena de series. Una manera de ser prácticos y evitar trabajos inútiles. Comenzaban así «bajo cero», igual que sus recursos cuando se establecían o como muchas veces se veían obligados a desenvolverse hasta lograr cobrar el importe de su trabajo.

Actualmente, poco se ve en las escopetas el temple jaspeado. Los procedimientos habrán cambiado en estos años porque nada es absolutamente estático. Por eso sería también deseable la recogida o el registro de unos métodos similares a este que nos ha ocupado. Lamentarse después de la pérdida de estas fórmulas sería inútil.

Junio, 1983.

Ramiro Larrañaga

DOS NOTAS BIBLIOGRAFICAS SOBRE UN VIAJE A TIERRA SANTA Y UN MANUAL DE COCINA

Bien por su tema o porque a su autor no se le ha identificado como vasco, en nuestros repertorios bibliográficos no figura la obra del bilbaíno Alvaro Robledo, titulada *Diario de un peregrino en Tierra Santa*, que fue edi-

tada en Madrid en 1863 con el prólogo de Antonio de Trueba y cuatro dibujos litográficos de Carlos Múgica.

Según se explica Trueba en su prólogo, el autor Alvaro Robledo era un modesto comerciante de Bilbao que frecuentaba la tertulia de amigos en la Librería Astuy de la capital vicaína, donde contaba su viaje, realizado entre febrero y mayo de 1858, partiendo desde Bilbao vía Irún-Marsella y por mar y describir detalladamente Tierra Santa, que Robledo tenía recogido en un diario. Debido al interés que mostraba Trueba, un día le entregó los manuscritos que los leyó y le aconsejó que publicase. Entregaron los originales al editor Leocadio López de Madrid, encargando las ilustraciones a C. Múgica.

Carlos Múgica era un pintor riojano, discípulo de Inocencio Borghini, y de quien recibió las primeras lecciones Aureliano de Beruete en Madrid.

La referencia de la obra en cuestión es la siguiente:

Diario de un peregrino en Tierra Santa, por don Alvaro Robledo, con un prólogo por don Antonio de Trueba.

Madrid, Librería de D. Leocadio López, Editor. Calle del Carmen, número 29. 1863.

En 17,5 x 12 cm.; pp. 232.

Libro ilustrado con 4 dibujos litografiados de C. Múgica (Lit. de S. González, S. Clara, 8. Madrid).

Entre otras curiosidades, se lee en la página 131 la siguiente nota: «En la noche de Navidad del mismo año de 1858, se celebró el Santo Sacrificio en la Basílica de Santiago, de Bilbao, con vino de Belén y agua del Jordán. La hostia era de trigo de Nazaret; el incienso de Jerusalén; el aceite de una lamparilla era de los olivos del huerto de Gethsemaní; la vela, para la consagración, era la misma que me dieron al entrar en la gruta de Belén».

En un apéndice aporta datos geográficos de los lugares recorridos y una serie de consejos para el viaje.

En mi trabajo «La Imprenta en Eibar», publicado en este BOLETIN de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, año XXXIV (1978), páginas 311-315, di a conocer el *Manual del arte de cocina* impresa, sin año, en la imprenta de S. de Diego, imprenta de donde salieron algunas hojas de «Bertso paperak» antes de 1910. Pero, ahora, al conocido gastrónomo y mi buen amigo José María Busca Isusi debo algunos datos más sobre el tema.

José María Busca Isusi dispone de otro ejemplar del *Manual* exactamente igual en tamaño e índice de recetas culinarias. Sólo la portada es distinta, que va ilustrada con un besugo y varía el pie de imprenta, donde también figura su año de impresión, en 1913. El ejemplar que obra en mi poder, sin

duda, debe ser posterior a juzgar por la información oral que he podido recoger sobre la separación de la sociedad impresora de Fernández y Diego.

He aquí su referencia.

Manual del arte de Cocina útil para aprender a componer de comer con perfección y economía.

Eibar. Imp. Lib. y Enc. de Fernández y Diego. Bidebarrieta, 14. 1913.

En 15 × 10,5 cm.; pp. 33 + V.

J. S. M.

FORONDA Y LA VARIOLIZACION

(A propósito de un documento notarial)

El problema de la variolización ha sido muy debatido sobre todo entre los eruditos vascos preocupados por cuestiones médicas e higiénicas de la época de los ilustrados.

Justo Gárate ha sido uno de los que ha estudiado aspectos importantes del tema, entre otras cosas tratando de separar claramente el concepto de vacunación y el de variolización, por poner un ejemplo¹.

En el estudio que hace Manuel Usandizaga Soraluze sobre los famosos médicos ilustrados Luzuriaga² se abunda, años más tarde, en la intención de clarificar los dos términos aludidos, frecuentemente considerados la misma cosa.

La variolización como método preventivo, según dicho autor, se extendió por Europa en el siglo XVIII. La inoculación de la viruela, con la esperanza de inmunizar o atenuar los efectos de la enfermedad en los individuos, acarrea consigo ciertos peligros, y a veces se seguía la muerte.

Añade sin embargo que, si a pesar de este peligro evidente, que resultó afectar mortalmente al propio hijo de uno de los Luzuriaga, se empleaba la variolización, la razón estaba en que la enorme mortalidad provocada por la viruela compensaba el riesgo.

En la Corte existía una verdadera preocupación por el tema. Si una epidemia mata en menos de un mes a tres miembros de la familia de Carlos III, Carlos IV decide variolizar a su familia. Las consecuencias son bastante desastrosas, pero unos resultados que no dan la impresión de ser satisfacto-

1. «La variolización en el País Vasco», por Justo Gárate, RIEV. 1929, pp. 284 ss.

2. MANUEL USANDIZAGA SORALUZE, *Los Ruiz de Luzuriaga, eminentes médicos vascos «ilustrados»*, Salamanca 1964, pp. 26 ss.